

bre joven y de buena salud que sacrifica su vida por uno ó por varios otros hombres, iguales á él, semejantes suyos, átomos y materia como él, ¿qué es ese hombre?

—Una víctima; un engañado.

Nos separamos con frialdad.

Anatolio Leray marchó de Bruselas, pasó á Inglaterra y se embarcó para Australia. La travesía duró cinco meses. Al llegar el buque á la vista de la costa, se desencadenó una tempestad. El barco tocó en la playa, y los pasajeros, tanto como los marineros, pudieron ganar la tierra, unos á nado y otros en los botes; Anatolio Leray fué de los que lograron salvarse. Sin embargo, en aquel lúgubre tumulto del naufragio en que la confusión del espanto corresponde al caos de las olas y en el que cada uno sólo piensa en sí, una barca medio deshecha permanecía sin lograr salir de la tormenta, apareciendo y desapareciendo sucesivamente entre las olas, y tres mujeres se hallaban en la barca. El mar estaba aún furioso; ningún nadador, entre los más hábiles marineros, se atrevía á desafiar el peligro. Todos se contentaban con ver gotear de sus ropas el agua del Océano que las había empapado. Anatolio Leray se echó entre la espuma; luchó, y tuvo la suerte de llevar á una de las mujeres á la orilla. Lanzóse por segunda vez y salvó á otra. Sus fuerzas estaban agotadas por el cansancio y veíasele descompuesto y ensangrentado.

—¡Basta! ¡Basta!,—le gritaban.

—¡Cómo!,—exclamó,—todavía queda una.

Lanzóse por tercera vez al mar.

No se le volvió á ver.



COSAS DE LO INFINITO

1864

I



AS almas pasan la eternidad recorriendo la inmensidad.»

Eso decían, hace dos mil años, los Druidas. ¿Tenían acaso ya una especie de adivinación de la pluralidad de los mundos? Levantaban la cabeza, contemplaban las estrellas y experimentaban ese prodigioso ensueño. De aquellas estrellas no conocían, sin embargo, entonces más que lo que veían sus ojos. Hoy hemos separado un poco más el velo de Isis, y nuestra imaginación puede entrever, con alguna menor obscuridad y con mucho más asombro, lo que sería, á través de los mundos, el vertiginoso viaje sin fin.

A doscientos millones de leguas de nosotros, en esa sombra, hay un globo. Ese globo es mil quinien-

tas veces mayor que la Tierra, y para mover la Tierra se necesitarían diez mil millones de atelajes con diez mil millones de caballos cada uno. Ese globo es Júpiter. Le vemos y no nos ve; nuestro globo es demasiado pequeño. Júpiter está cubierto de nubes; nuestro crepúsculo corresponde á su medio día pleno. Tiene un año de doce años, un día de cinco horas, una noche de cinco horas, una sola estación, hallándose su eje muy poco inclinado, y cuatro satélites. Esos satélites están á veces los cuatro en su horizonte; cuando uno es creciente, el otro es luna llena. La prodigiosa velocidad de su rotación usa rápidamente la vida. Evolución demasiado precipitada de los organismos sobre sí mismos, repetición demasiado frecuente de los actos vitales, roce fatigoso del mecanismo, sueños cortos; se muere pronto en el planeta Júpiter. Desde Júpiter, y para todas las regiones más allá, las estrellas son visibles de día.

Ciento sesenta millones de leguas más lejos hay otro ser enorme. Ese es únicamente ochocientas veces mayor que la Tierra. Aquel habitante de las tinieblas está encerrado en un círculo de fuego. El círculo es doble. El primer círculo, el grande, tiene setenta y un mil leguas de diámetro; el segundo círculo, el pequeño, no tiene más que sesenta mil leguas. Ese monstruo es un mundo. Le llamamos Saturno. Su velocidad de rotación es tal que ha achatado sus polos en una décima parte. Para los habitantes de los anillos de Saturno, el año dura treinta años y es alternativamente blanco y negro, es decir, que á un día de treinta años sucede una noche de treinta años. El que en el anillo de Saturno ha visto un día y una noche, sería en la Tierra un anciano. Saturno tiene ocho lunas. Aquí la obscuridad va en aumento. El crepúsculo de Júpiter es el pleno medio día de Saturno. Saturno, en el espacio lívido donde gira, ocupa con su globo, sus

anillos y las ocho órbitas de sus ocho planetas, dos mil seiscientos millones de millones de leguas cuadradas.

Cuatrocientos millones de leguas más lejos hay otro globo. Después del mundo de Saturno, el mundo de Urano. Urano, como Saturno, tiene ocho lunas. Esas ocho lunas, al revés de todos los planetas conocidos, se mueven de Oriente á Occidente. La obscuridad aumenta. La luz, veintidós veces menor en Júpiter que en la Tierra, es diez y siete veces menor en Urano que en Júpiter. Urano tiene catorce mil leguas de diámetro. Nuestro siglo es su año.

Ciento cincuenta millones de leguas más lejos hay otro globo, Neptuno. La obscuridad es terrible. Neptuno tiene novecientas veces menos luz y calor que la Tierra. Es imposible figurarse aquel hielo y aquella sombra. Doblád el volumen de la estrella de la tarde y tendréis el tamaño del Sol visto desde Neptuno. Neptuno está treinta veces más lejos del Sol que nosotros. Ahora bien, nuestra distancia del Sol es esto: la sección de un cabello representa el diámetro de la Tierra vista desde el centro del Sol. Neptuno es cien veces mayor que la Tierra. No tiene más que una luna. Su año dura ciento sesenta y cuatro años; sus estaciones duran cuarenta años. Neptuno efectúa, al rededor de la estrella que llamamos Sol, un círculo de siete mil millones de leguas.

¿Hemos concluído?

¡Concluído! ¿Qué palabra es esa?

¡Mejorad vuestro telescopio y veréis!

Esos espantosos planetas oscuros, escalonados más allá de Neptuno, unos tras otros, en profundidades imposibles, ¿acaso los soñáis? Los comprobaréis.

Pero, ¿qué importan los planetas? ¿Por qué perder el tiempo en ellos? ¿No hay otras cosas? Junto al planeta, punto luminoso movedido, ¿no hay un punto luminoso inmóvil? La estrella. Vamos allá.

¿Cuál es la más próxima?

La estrella *Alpha* del Centauro.

Id á ella.

Si el huracán de las Indias, que se lleva bosques y arrasa ciudades, doblase su velocidad, que es de una legua por minuto, necesitaría á razón de ciento veinte leguas por hora, treinta días para ir de la tierra á la luna. La luz viene de la luna en un segundo. La luz, que hace cuatro millones doscientas mil leguas por minuto, necesita tres años y ocho meses para venir desde la estrella *Alpha* del Centauro, y veintidós años para venir desde Sirio, nuestro otro vecino.

Tales son esos precipicios que llamamos el espacio.

¿Qué es una estrella?

Es un lugar de precipitación. Lo infinito echa en él sin cesar no se sabe qué combustible desconocido. La materia sutil cae de todas partes en ese hogar crisol de las fuerzas.

Tantas estrellas, otros tantos imanes. Esas atracciones terribles se reparten el abismo.

Todo centro atrae. Una vez cogidos por esos imanes, los mundos son sus eternos prisioneros.

Nuestra estrella, el Sol, tomó á Venus, Mercurio, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno.

Cada estrella es así un sol. Al rededor de cada sol hay una creación. Nuestro mundo solar, con todos sus planetas, es imperceptible en el mundo estelífero. Nuestro Sol, un millón trescientas sesenta mil

veces mayor que la Tierra, es únicamente una estrella átomo.

¿Es posible imaginar ríos de planetas? Pues existen. Esos ríos giran al rededor de la estrella llamada Sol. El más notable es la gran corriente de astros situada á la mitad del camino entre Marte y Júpiter. El primero de esos astros, Ceres, fué descubierto en enero de 1801; el último, Alcmena, en noviembre de 1864. Hoy se cuentan ochenta y dos. Su número es probablemente ilimitado.

Esas continuas apariciones circulares de mundos telescópicos son verdaderos anillos, que quizás entran unos en otros y hacen en las extensiones alguna sorprendente cadena cósmica.

Otra cadena se compondría de las gigantescas órbitas elípticas de los cometas. ¿Queremos figurarnos lo que sería esa cadena?

El cometa de 1680, una de las preocupaciones de Newton, no vuelve hasta el cabo de 88 siglos; se hunde en el espacio hasta treinta y dos mil millones de leguas.

Esa elipse de treinta y dos mil millones de leguas sólo sería un eslabón de la cadena cometaria.

Esos hilos prodigiosos unirían entre sí, en el espacio inconmensurable, á las creaciones.

La mayor parte de los cometas parecen ser, y son probablemente, nubes ígneas de materia cósmica. Algunos, sin embargo, tienen indudablemente nudos sólidos. Así, entre otros, el cometa de seis colas ó cabelleras de 1744, observado por Chezeau, y el cometa de 1680. Newton calculó que el globo flamígero, núcleo de ese cometa, tardaría quinientos siglos en enfriarse.

Ni más ni menos que la de ayer, la ciencia de hoy no ha dicho la última palabra acerca de los cometas.

La ciencia dice la primera palabra sobre todas las cosas, pero no dice la última sobre ninguna.

La astronomía, micrografía de arriba, es la más magnífica de las ciencias, porque se complica con cierta cantidad de adivinación. La hipótesis es uno de sus deberes.

En todas las ciencias, junto á la parte iluminada, clara, está el rincón tenebroso. Únicamente la astronomía no tiene sombras, ó, mejor dicho, su sombra es deslumbradora. En ella lo probado es evidente, lo conjetural es espléndido. La astronomía tiene su lado claro y su lado luminoso; por el lado claro penetra en el álgebra, por el lado luminoso en la poesía.

¿Tratar de entrever lo invisible, de expresar lo inexpresable? ¡Qué tentación! ¡Qué quimera! Al rededor del hombre mezquinamente limitado irradian, no diremos cuatro infinitos,—lo infinito no se mide,—pero cuatro aspectos de lo infinito; dos en la duración, la eternidad futura y la eternidad pasada; dos en el espacio, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

Pero «la eternidad pasada», ¡qué frasel! ¡Lo absurdo y lo evidente, lo imposible y lo real, amalgamados é indivisiblemente mezclados para componer lo inconcebible!

¿Y bajo qué forma imaginarlo, ese monstruoso conjunto universal?

Todo cuanto puede decirse, es que la forma esférica parece ser la de los mundos y que la forma esférica es, en efecto, la que no tiene principio ni fin.

## II

Hemos hablado de estrellas inmóviles, es un error. La inmovilidad no existe. Toda esa profundidad se mueve. Créese ver brillar la fijeza, y es equivocado. Aquella fijeza se mueve. Aquella inmutabilidad cambia.

Es cierto que, fijo para nosotros, nuestro Sol, con su grupo de planetas, debe describir alguna vuelta inmensa al rededor de algún otro inmenso sol.

Además, las estrellas enrojecen ó palidecen. Sirio, que es blanco hoy, era rojo en otro tiempo.

Arcturo, Prócion, Vega, Sirio, Altair, tienen movimientos propios, demostrados. Mira adelanta y retrocede, Algol adelanta y retrocede. Una estrella de Aries retrocede, una del Dragón adelanta, una del Cisne se aproxima y se aleja. La novena y la décima de Tauro se han ido.

Otras estrellas han aparecido y desaparecido. Hiparco vió una, Adriano vió una, Honorio vió otra; Albumazar, que escribía en el siglo ix el libro *De la Revolución de los años*, vió otra; Carlos IX tuvo la suya en 1572; Felipe III también tuvo la suya en 1604. Una estrella en la Zorra tuvo varias idas y venidas, y después de una larga vacilación se marchó. El Norte mismo tampoco es imperturbable. Cambia de antorcha. El astro regulador es mudado como un soldado que está de guardia. La estrella polar de Homero no es la nuestra.

Existen estrellas dobles, estrellas triples, estrellas cuádruples. Tres soles, uno verde, uno amarillo y uno rojo, giran uno sobre otro y se persiguen con una velocidad de ochenta millones de leguas por segundo; he ahí Aldebarán.

¿Cómo hacen para subsistir esos globos animados de velocidades disgregantes? ¿Cuál es su adhesión molecular? ¿Cómo puede ser vencida una fuerza centrífuga semejante? La luz es lenta con relación á esos terribles arrebatos.

Esos gigantescos movimientos de astros se efectúan en el fondo de un abismo tal, y son hasta tal punto anulados para nosotros por la distancia, que los oculta á veces el hilo de platino que atraviesa el campo del telescopio, hilo mil veces más fino, más delgado que el de una telaraña.

La sombra aparece como la unidad.

¿Qué hay en esa unidad?

El hombre ha sondeado, primero con la vista, luego con el telescopio, luego con el espíritu.

¿Qué es esa unidad?

Es la negrura, es la sencillez espantosa, es la inmanencia muerta del abismo, es el desierto, es la ausencia... No. Es el hormiguero de los prodigios. Es la Presencia.

Cada una de las tres sondas del hombre ha traído algo. El ojo ha visto seis mil estrellas, el telescopio ha visto cien millones de soles, el espíritu ha visto á Dios.

¿Quién, Dios?

Dios.

Al Dios *Inconocido* de san Pablo, el Areópago oponía el Dios *Incognoscible*.

El Dios *incognoscible* es el Dios incontestable.

Representémonos millones de soles como el nuestro, con todas sus legiones de planetas, colocados sobre nuestras cabezas á una distancia tal que no son más que una blancura vaga, una palidez vaporosa

indistinta, no se sabe qué inexplicable *machacamiento* de estrellas; á eso lo llamamos *Vía láctea*.

Nosotros, y todos los astros que vemos, y todas las constelaciones del zodiaco, y todos los universos del cenit y del nadir, formamos parte de un prodigioso disco de estrellas cuya orilla es la vía láctea. Hay allí una aglomeración de soles que produce una gran mancha lívida en lo infinito.

Y después del planeta, y después de la estrella, y después de la vía láctea, ¿qué hay?

Hay la nebulosa.

¿Qué es la nebulosa?

Se ve aquí y allí en el cielo una palidez, manchas casi imperceptibles, algo que es luz sin dejar de ser sombra, indecibles apariencias en las cuales hay espectro. Son las nebulosas.

El sol somos nosotros; los planetas somos nosotros; las constelaciones somos nosotros; la estrella polar, que está á 76 millones de leguas, somos nosotros; la vía láctea somos nosotros.

La nebulosa ya no es nosotros.

Tal estrella, cuya luz no llega hasta nosotros sino en un espacio de cien años, es nuestro compatriota celestial. Habita el mismo firmamento que nosotros; está mezclada en nuestro disco estelar; es de la casa.

La nebulosa es la extraña, la extranjera. Nuestros cometas no van allí. Estarían inquietos á esa distancia y temerían no saber donde volver á encontrar nuestros soles.

Nuestra luz va hasta allá, porque la luz sagrada es un lazo de unión universal.

Quizás hay también, para hacer el servicio de esos monstruosos espacios, paradores de cometas *transatlánticos* ignorados.

La nebulosa es otro disco estelar, compuesto igualmente de sus miles de millones de soles, for-

mando una vía láctea en un firmamento desconocido.

Herschel contó más de dos mil nebulosas.

Nuestra vía láctea es la cabaña; las nebulosas son la ciudad.

Más allá del mundo de los planetas está el mundo de las estrellas; más allá del mundo de las estrellas está el mundo de las nebulosas.

Las lunas son los satélites de un planeta; los planetas son los satélites de una estrella; las estrellas son los satélites de una nebulosa; las nebulosas son los satélites del Centro Ignorado.

Tanto la distancia de una estrella á otra excede á la distancia de los planetas entre sí, tanto la distancia de una nebulosa á otra excede á la distancia de las estrellas entre sí. Para expresar en números la distancia de los planetas, se toma como unidad la legua de cuatro mil metros; para expresar la distancia de las estrellas, se toma como unidad nuestro radio solar de treinta y ocho millones de leguas; para expresar la distancia de las nebulosas, es preciso tomar como unidad el radio estelar, es decir, á lo menos siete mil millones de leguas. La distancia del sol á la nebulosa más próxima es la distancia de la tierra al sol en la proporción de siete mil millones de leguas á una legua. Nada de ángulos que calcular, nada de paralajes que soñar; ahí la geometría llega al espanto.

Se siente el peso de la creación desconocida. Digámoslo, hasta en esa profundidad el telescopio ha podido ver formas. Messier, desde lo alto del camaranchón del *Hôtel de Cluny*, ha hallado en la vigésima séptima nebulosa dos círculos luminosos que ocupaban los dos focos de una elipse. La nebulosa de Hércules figura una esponja de la que cada agujero sería una estrella. La nebulosa de los Perros, especie de cabellera de llamas, gira en espiral al rededor de un núcleo deslumbrador. La eternidad de un huracán parece

poder únicamente explicar aquel retorcido espantoso.

¿Quién sabe donde se detendrá la observación humana? Desde Francœur hasta Flammarión, el telescopio ha subido de setenta y cinco millones de estrellas á cien millones.

Porque en la vía láctea propiamente tal, no hemos contado todavía más que diez y ocho millones de soles; no hay motivo para desalentarse.

---

El día en que nuestros anteojos hubiesen logrado un supremo perfeccionamiento que no es imposible, hallándose la profundidad inconmensurable poblada de astros á distancias distintas, todos esos puntos luminosos, ante la vista del telescopio, se apretarían sin intersticio unos contra otros, taparían todos los agujeros, se volverían superficie, y el cielo de la noche aparecería á nuestra vista como un inmenso techo de oro.

---

El cielo ofrece ese espantoso fenómeno: siempre luz, jamás certidumbre.

Las distancias desmedidas de los astros hacen que el cielo, hablando en rigor, esté siempre en estado de ilusión. El cielo que vemos no es presente, es pasado. El Hoy del cielo nos es desconocido; sólo tenemos ante los ojos el Ayer, y un Ayer que para ciertos astros remonta á miles de años.

La Cabra, que admiramos todas las noches, estaba quizás apagada setecientos años antes de la batalla de Marengo; las estrellas que el telescopio de tres metros percibe ahora no existían quizás ya en tiempo de Carlomagno, y las estrellas que el telescopio de seis metros observa en este momento, estaban quizás ya des-

vanecidas en la época de la guerra de Troya. En la hora actual, ¿quién puede certificar que haya aun una sola estrella en el cielo?

Las últimas estrellas, hallándose situadas en la distancia infinita, y no agotándose la distancia infinita, su luz, aun después que el astro hubiese desaparecido, siempre llegaría á nosotros, y si ocurriese que todas las estrellas se apagasen en el cielo, no lo sabríamos jamás. Veríamos durante la eternidad esas profundas estrellas muertas.

---

¿Es eso todo?

Nunca.

¿Qué vehículo quieren ustedes?

La locomotora anda quince leguas por hora. El huracán sesenta leguas por hora. La bala de cañón anda setecientas leguas por hora.

La locomotora se arrastra. El huracán cojea. La bala de cañón es una tortuga.

Subid sobre un rayo de luz.

Es una cabalgadura cuatro mil veces más rápida que la bala de cañón, cuatro millones doscientas mil veces más rápida que el huracán y diez y siete millones de veces más rápida que la locomotora.

Anda, como es sabido, setenta mil leguas por segundo.

Partid.

Id, en el rayo de luz, en ocho minutos de la Tierra al Sol; id en cuatro horas del Sol á Neptuno; id en tres años y ocho meses de Neptuno al Centauro; id en veintiocho años del Centauro á la Estrella polar; id en diez y seis mil ochocientos años de la Estrella polar á la Vía láctea; id en cinco millones de años de la Vía láctea á la nebulosa de los Perros, no habréis dado aún ni un paso.

Las apariciones del universo comenzarán de nuevo.

Lo insondable permanecerá entero, completo ante vosotros.

Más allá de lo visible lo invisible, más allá de lo invisible lo desconocido.

En todas partes, en todas partes, en el cenit, en el nadir, delante, detrás, encima, debajo, arriba, abajo, el formidable infinito negro.

---

Y todo esto no sería aún más que uno de los dos aspectos de la sublime visión.

Junto á lo infinito del espacio, está lo infinito de la duración.

Téngase presente que con existencias probables de millones de millones de siglos, esos enjambres de estrellas y de soles, sometidos, sin embargo, á las leyes universales del nacimiento y de la muerte, tienen, sin duda, un principio y un fin; pero se transforman, se reemplazan y se renuevan sin cesar, sin descanso, sin término, siempre, siempre, siempre...

---

Desde esas prodigiosas alturas, ¿nos atreveremos ahora á descender hasta nosotros mismos?

Imperceptibles en nuestro imperceptible globo durante el segundo que constituye nuestra vida, ¿no nos hallamos, en presencia de ese Infinito, muy ínfimos y muy miserables?

No, puesto que lo comprendemos.

## III

Si, sabio, entreveo lo incomprendible; ignorante, lo siento, lo que es más formidable aún. Ante tal enormidad, ante ese precipicio de maravillas, ¿qué queréis que haga? Ignorante, caigo en él; sabio, me hundo en sus profundidades.

No hay que imaginarse que lo infinito pueda pasar sobre el cerebro del hombre sin dejar impresa su huella. Entre el creyente y el ateo, no hay más diferencia que la de la impresión en relieve y la impresión en hueco. El ateo cree más de lo que se figura. Negar es, en el fondo, una forma irritada de la afirmación. La brecha prueba la existencia del muro.

En todo caso, negar no es destruir. Las brechas que el ateísmo ha hecho á lo infinito, se parecen á las heridas que una bomba podría hacer al mar. Todo vuelve á cerrarse y continúa. Lo inmanente persiste.

Y de lo inmanente, siempre presente, siempre tangible, siempre inexplicable, siempre inconcebible, siempre incontestable, es de donde sale la genuflexión humana. Un estremecimiento vertiginoso se halla mezclado al universo. Semejantes cosas á las que acabamos de decir, no pueden existir sin que se desprenda de ellas una especie de horror sagrado, visible al espíritu humano, y que es como la sombra de la terrible realidad.

El hombre ante lo inmanente siente su pequeñez, y su brevedad, y su obscuridad, y el temblor miserable de su rayo visual. ¿Qué hay, pues, detrás de eso?

Nada; decid.

¿Nada?

¡Qué! yo, gusano de la tierra, tengo una intelligen-

cia, ¿y esa inmensidad no la tiene? ¡Oh, perdónalos, Abismo!

Pero, cualquiera que seáis, mirad sobre vosotros, mirad debajo, mirad esa cosa, ese hecho, esa escarpa, ese vértigo, esa obsesión, esa urgencia, ¡lo infinito!

No hay medida posible; en todas partes el mismo hormigueo y el mismo génesis en todas, en la esfera celeste y en la burbuja de agua; las tres mil especies de efímeros en un solo rosal, comprobadas por Bonnet de Ginebra, el anillo de Saturno que tiene sesenta y siete mil quinientas leguas de diámetro, las diez y siete mil facetas del ojo de la mosca, los tres astros versicoloros de Aldebarán que giran concéntricamente á razón de cien millones de leguas por minuto, las hormigas que van á ordeñar á los pulgones en las hojas del jazmín, el cálculo de las paralajes, escala sideral inútilmente aplicada á los astros fijos, el diámetro de nuestra órbita, setenta millones de leguas, insuficiente para producir una desviación que puede perturbar la paralela de las estrellas y servir de base á su triangulación, el bólido y el cometa, el vólvoce y el vibrión, Venus, por la noche, sobre las soledades del mar, ese inconcebible rumor que se parece al del roce de la seda que en el polo acompaña á las auroras boreales, á las nebulosas, nubes del abismo, los enmohecimientos, bosques del átomo, los huracanes de Júpiter, los volcanes de Marte, las hidras nadando en glóbulos de sangre, lo infinitamente grande de Campanella, lo infinitamente pequeño de Swammerdam, la eterna vida para siempre visible arriba y abajo...—¡sacadme de ahí debajo si no queréis que rece!

¿Qué queréis que conteste á la misteriosa afirma-

ción que brota de esas cosas deslumbradoras? ¿Queréis que sea de mí, yo hombre, estando eso sobre mí?

La obscuridad es inmensa. ¿Por qué es así el mundo? Lo ignoramos. Hay luces en esa obscuridad; ¿qué hacen allí esas luces? Iluminan lo invisible. Alumbran, pues parecen antorchas; miran, pues parecen pupilas. Son terribles y encantadoras. Es como claridad difundida en lo desconocido. Llamamos á eso los astros.

El conjunto de esas cosas es inaudito de quimera con inmensa pesadez de realidad. Un loco no las soñaría, un genio no podría imaginarlas. Todo eso es una unidad; es la unidad. Y siento, comprendo, que formo parte de ella.

¿Cómo puedo salir de ahí? ¿Qué puedo contestar á esas enormes apariciones de constelaciones?

Toda luz tiene boca, y habla; y lo que dice lo veo yo. Y el cielo está lleno de luces. Las fuerzas se unen y se fecundan; todo es á un tiempo palanca y punto de apoyo, las disgregaciones son germinaciones, las disonancias son armonías, las contrarias se besan, lo que parece un ensueño es geometría, los prodigios convergen, la ley que rige á los planetas y á sus satélites se halla entre las moléculas infinitesimales, el sol se confronta con el infusorio y uno hace la demostración del otro; así era ayer, así será mañana. Todo eso es absoluto. ¿Qué sé yo?

Y queréis que bajo la presión de todos esos abismos concéntricos en cuyo fondo me hallo, ¡vaya! ¡me enrosque y me acurruque en mí yo! ¿En qué yo? ¿En mi yo material! ¿En el yo de mi carne, en el yo que come, en el yo de mi aparato digestivo, en el yo de mi fango? ¿Queréis que diga á todo eso que existe: no pertenezco á ello? ¿Queréis que niegue mi adhesión á lo indivisible! ¿Queréis que niegue mi caída á

la gravitación! ¿Queréis que no vea, que no pregunte, que no conjeture! ¿Queréis que de la prodigiosa inquietud cósmica sólo saque mi propia petrificación! ¿Queréis que, bajo el aliento de los alientos, no me mueva! ¿Queréis que mi montoncito de ceniza interior no se arremoline cuando por todas partes, en la tierra y en el mar, del cenit y del nadir, del telescopio y del microscopio, de la constelación y del ácaro, lo infinito hace irrupción en mí! Queréis que me contente con estas dos certidumbres: ¡he nacido y moriré! certidumbres que son ellas mismas dos abismos.

No, eso no es posible. El páncreas no es el único asunto. La manera como mi quilo y mi bilis y mi linfa se llevan no puede constituir el término de mi filosofía. Está el yo, pero hay también otra cosa. La manifestación universal y sideral está ahí.

De eso procede el susto, el azoramiento. Las manos extendidas hacia el enigma. De ahí la mirada incierta y vaga de los ascetas. El género humano no puede librarse de dirigir preguntas á la obscuridad y esperar las respuestas. ¿Cuál es el destino? ¿En qué proporción forma el hombre parte del mundo? ¿Qué es la vida? ¿Qué hay antes? ¿Qué hay después? ¿Qué es el mundo? ¿De qué naturaleza es el prodigioso ser que realiza en el fondo de lo absoluto la identidad inaudita de la necesidad y de la voluntad?

Todas esas cuestiones se resuelven haciéndonos prosternar, y los espíritus más fuertes vacilan bajo la presión de las hipótesis.

Simples, procurad pensar; pensadores, procurad orar.